

¡Ay de mí! El Señor siempre aguarda su ocasión para humillar a los que le desafían, y Su paciencia es inmensa; y porque en su Bondad nos ofrece la ocasión de arrepentirnos y redimirnos, los hombres nos creemos impunes; pero también es infinita Su justicia, y nadie escapa, a ella.

Yo me labré mi destino, y luego, cuando me llegó, oré al cielo pidiendo clemencia; pero Dios permaneció sordo a mis oraciones. Y, aunque sé, porque me lo han enseñado, que nunca abandona a ninguna de las criaturas que en Él confían, yo me siento abandonada y con deseos de morir. Intenté llamarle, y no me oyó; supliqué, y mis súplicas fueron desoídas; lloré y prometí arrepentimiento, y mis lágrimas resultaron estériles. Estoy sola, sola con mis pecados. Querida madre superiora, sé que, a pesar de su gran caridad, cuando lea las páginas siguientes me despreciará y se horrorizará de mis acciones, pero le ruego, por el amor de Cristo, que intente ayudarme.

Poco a poco, la Providencia va tejiendo la red de nuestro castigo, y nosotros, ignorantes, la ayudamos con nuestras mentiras y nuestro miedo. ¡Y aún nos creemos sabios! Y, cuando descarga el golpe, perdidos en nuestras culpas, no encontramos ninguna salida y sólo sabemos levantar los puños contra el Cielo. O llorar, como yo.

Así de repentinamente descargó el Señor su ira contra mí; y cuando la mano del Señor cayó, sentí que Él también es un Dios terrible:

Era un día cualquiera, aparentemente, pero nunca lo olvidaré: fue el dieciséis de mayo de mil novecientos ochenta y seis, siete meses y ocho días después de los acontecimientos que he narrado anteriormente. El doctor Leza y yo seguíamos siendo amantes, y hacía mucho que no hablábamos de regular nuestra relación, de atrevernos a proclamarla ante el mundo.

El Jefe de Servicio, el doctor Santiago Dejuán, me llamó a su despacho. Esas llamadas solían ser el anticipo de una fría reprimenda, y me dirigí allí con una cierta inquietud. Aunque desde el inicio de mi relación con julio -me refiero al doctor Leza, claro- había disminuido mucho mi temor hacia «el tirano», no dejaba de causarme una cierta desazón el enfrentarme con él. No era normal que una de las enfermeras fuese llamada a su despacho, y mucho menos una en prácticas, por lo que me inquieté bastante: ¿qué había hecho yo mal? Normalmente, el jefe de Servicio delegaba en algún adjunto las reprimendas contra nosotras, y para merecer el honor de ser llamada a su despacho era preciso haber hecho algo muy grave.

Entré, y el doctor encargó a su secretaria que saliese y que -no dejara pasar a nadie, sin importar el motivo. Luego me ofreció asiento y comenzó su discurso:

-Señorita, el deber de un jefe de Servicio es, en ocasiones como ésta, penoso; pero precisamente por la alta responsabilidad que descansa sobre sus espaldas, ha de aceptar su misión sin importarle sus preferencias personales.

»Aquí he intentado ser un padre para todos ustedes, un padre severo y duro, es verdad, pero gracias a ello he logrado que este Servicio de Cirugía sea admirado y respetado en toda España. Fíjese que he dicho respetado, y esa respetabilidad es la que un inconsciente, un enemigo de toda estabilidad social, un anarquista en suma, ha puesto en peligro con su conducta desordenada e indecente.

»Podemos tolerar que un solo hombre destruya la labor de todos nosotros, el trabajo y el sacrificio de tantos años? ¿Cuál es mi deber, el doloroso deber que en esta situación recae sobre mí, como jefe de nuestra sección? ¡Extirpar este cáncer mortífero, cortarlo con el bisturí de raíz antes de que se extienda!

»'Ya habrá podido imaginar que me refiero al doctor Leza. Este doctor es un cirujano bastante bueno, debo admitirlo, pero un médico no sólo es técnica, sino también prestigio, respetabilidad, fama: Si los pacientes no confían en nosotros, nuestra tarea se dificulta enormemente.

»Con su actitud rebelde, con su ironía que atenta al orden de este Departamento, se ha burlado de mi autoridad y, por tanto, ha puesto en peligro nuestra cohesión, nuestro quehacer como mejor equipo quirúrgico de España. Ha creado divisiones, ha atizado rencores, ha convertido en un infierno nuestro trabajo. Un saboteador, esto es lo que es.

»Con su actitud condescendiente hacia los que realizan tareas inferiores ha creado inquietud y envidia. Nuestro prestigio como médico nos exige mantenernos al margen de nuestros subordinados, para un correcto funcionamiento de las instituciones; pero él trata a todo el mundo como iguales. Fíjese: ¡ayer mismo comió entre las mujeres de la limpieza! El se siente superior a todos los demás médicos, se cree muy demócrata cuando de hecho es un demagogo, un auténtico peligro para nuestra forma de vida.

» ¡Pero esto se ha acabado! -exclamó, pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa-. Durante mucho tiempo me he visto obligado a soportar sus insolencias, y le he concedido muchas oportunidades para reformarse, pero mi paciencia tiene un límite.

»Él ha tenido mucho cuidado de no cometer ningún error que yo pudiera aprovechar en contra suya; pero ya le he cogido. Naturalmente, tarde o temprano su inmoralidad esencial debía manifestarse, y sólo lamento que la víctima haya sido... ¡usted! -me señaló, acusador, con el dedo.

Quedé tan aterrada, que no pude replicar. Él continuó:

-¡Sí, usted! Él se ha atrevido, con ignoro qué engaños, a seducir a una monja de MI Servicio. ¡A una monja! No la acuso a usted que, inexperta, ha caído en las garras de tan perverso seductor, aunque creo que una religiosa debería ser más firme en su moral.

» ¡No, la culpa la tiene él! Y haciendo esto, ha puesto en entredicho toda la credibilidad de nuestro equipo de Cirugía. ¿Se imagina usted qué escándalo si se supiera? ¿Lo que dirían de nosotros las revistas sensacionalistas? El me ha proporcionado en bandeja la oportunidad de aplastarle, mejor dicho, la obligación de aplastarle por el bien de todos, ¡y voy a hacerlo!

»Cuando sospeché de ustedes (sí, no se sorprenda, es muy difícil disimular cuando se está enamorado), encargué a un detective particular que les siguiera. Aquí tengo las fotos que les sacó: en el coche del doctor Leza, en su casa... Me ha costado algo de dinero, pero merece la pena. Por cierto, usted es muy atractiva: ¡quién iba a suponer lo que ocultaban sus hábitos!

»Con estas fotos puedo obligar a dimitir al doctor Leza, pero no es suficiente. No, porque debo extirpar ese virus inconformista, subversivo, que él ha sembrado; por eso las haré circular por la planta: esto supondrá su desprestigio, será el fin de su destructiva obra.

»Incluso estoy tentado de llevar estas fotos a un tribunal de honor, para que a Leza le prohiban el ejercicio de la medicina, por atentado contra el código deontológico. Dada las influencias que poseo, no sería difícil -rió contento-. ¡Ahora podrá ese demagogo ser verdaderamente como los de abajo! ¡Me encantará ver cómo carga sacos con sus finos dedos de cirujano! ¡Nadie se enfrenta impunemente al doctor Dejuán! ¡Nadie!

Aquél era su momento de triunfo, y le brillaban los ojos, mientras la respiración silbaba a través de sus dientes apretados. Yo me sentí fascinada, paralizada por su malignidad. Él se puso de pie y se acercó a mi lado. Yo rompí a llorar y caí a sus pies:

-¡Por favor, no le haga nada! ¡Yo soy la culpable, Yo fui quien le sedujo! -exclamé.

-¡Pobre infeliz! -rió-. ¿No te das cuenta de que uso no importa, de que lo que cuenta no es lo verdadero, sino lo verosímil? Me has hecho un gran favor permitiéndome deshacerme de mi enemigo; claro que también tú serás expulsada ignominiosamente de tu orden y del hospital, pero no se puede hacer una tortilla sin romper algún huevo, y a ti te ha tocado ser el huevo de la mía. Lo siento.

-Entonces, si no le interesa la verdad -pregunté-, ¿por qué me ha hecho venir aquí, en vez de utilizar esas fotos?

-Sí, esas fotos..., esas fotos han sido la causa de que te llamase. Como antes te he dicho, en ellas he visto que eres muy atractiva y... bueno, pues he pensado que podríamos hacer algún tipo de transacción comercial. Fíjate lo que voy a sacrificar yo: mi venganza. Tendrás que darme algo muy valioso a cambio de esas fotos.

Yo me encontraba abrazada a sus pies, suplicante, y cuando escuché estas palabras levanté la vista con temor. Había comprendido: mi cuerpo a cambio de esas fotos. El, desde arriba, sonrió lúbricamente.

¡Ah, reverenda madre, cuánto he meditado sobre los motivos que me llevaron a ceder! Me he dicho a mí misma, una y mil veces, que sólo lo hice por Julio, por salvar su trabajo y su prestigio; pero una pequeña voz interior me susurra que también me sentía atraída por aquel hombre perverso, por aquella fuerza maléfica, y que si cedí fue porque también yo lo deseaba. ¡Ah, qué duro es aceptarse como se es!

En aquel momento, sólo me permití pensar que yo haría cualquier sacrificio por Julio. Sí, cualquiera, y mi cuerpo me pareció un precio muy pequeño por su felicidad. Me levanté.

-Bien -me dijo el doctor Dejuán-, entonces, si me lo permites, voy a explorarte para cerciorarme de los daños que ese inmoral ha producido. Desnúdate, por favor.

Yo me quité toda mi ropa ante su mirada perversa. Él continuó vestido, con su bata blanca; sin embargo, a través del pantalón observé que su pene se había erguido. Cuando estuve totalmente desnuda ante él, se levantó y me indicó que me tumbase en una camilla. Así lo hice. Él comenzó a tocar mis pezones, que enseguida se endurecieron. Señaló:

-Este reflejo está muy activo. Sin duda, su amante la acaricia aquí a menudo. Continuaremos la exploración.

Luego acarició la suave piel de mi abdomen; que retrocedía ante el contacto de sus fríos dedos. El no comentó nada: se limitó a decir:

-Interesante, muy interesante. Ahora, podría abrir un poco las piernas, por favor?

Le obedecí, aunque estaba firmemente decidida a no sentir ningún placer ante su contacto. Pero él, con manos expertas, abrió los labios que cubren mi interior, y comenzó a recorrerlo con lentitud. Se detuvo en mi botoncito, que Julio me había dicho que se llama clítoris, y lo acarició y movió hasta que comenzó a fluir mi miel por toda mi intimidad. Él miró su reloj, y elijo:

-Cinco minutos hasta que se ha producido la secreción de respuesta. Normal, absolutamente normal.

No deseaba moverme, pero fue inútil: mi cadera no me obedecía, ni pude evitar lanzar algunos gemidos. Si ese monstruo deseaba hacerme gozar, que lo hiciera pronto y me devolviera las fotos de mi amado. Pero él no tenía prisa, e interrumpió sus manipulaciones.

Me ordenó que me volviera hacia abajo y me colocara a cuatro patas. Así lo hice. Entonces, untó uno de sus dedos en vaselina y, mientras con la otra mano seguía acariciando mi sexo, lo hizo penetrar por mi ano. Sí, querida madre superiora, por esa abertura destinada por la naturaleza a otros menesteres, ese malvado introdujo su dedo, y lo movió adentro y afuera, como si fuese un pequeño pene. Sentí que mi orificio se contraía y dilataba en impulsos incontrolables y misteriosos. El comentó:

-Sus esfínteres responden bien a los estímulos, pero están muy cerrados a pesar de que ese lúbrico amante que ha abusado de usted le habrá penetrado por aquí muchas veces.

-No -respondí, estremeciéndome-, nunca lo intentó.

-¡Cómo -exclamó, aparentemente sorprendido, sin dejar de acariciarme ni de mover el dedo arriba y abajo-, no es posible! Para un malvado como él, un acto antinatural ejerce una atracción irresistible. ¿Está segura de que no lo ha hecho?

-Sí, lo estoy.

-No debe usted llevar la contraria a su médico, si yo digo que lo ha hecho, es que lo ha hecho. Seguramente, alguna vez la habrá violado por detrás, le voy a demostrar cómo. Bájese de la camilla, por favor, y apóyese en ella, dándome la espalda. Así, espere unos instantes que la lubrique. Gracias.

Me coloqué tal como me mandaba y, aterrada, escuché el sonido de la cremallera al bajar. Miré fugazmente, y lo que vi me asustó. En vez de un pene suave y dulce como el de mi amado, destacando sobre la bata blanca se erguía una columna nudosa, surcada de protuberantes venas, enorme y amenazadora. Sólo fue un instante, porque en el segundo siguiente un dolor me traspasó, más fuerte todavía que cuando perdía la virginidad. Él me golpeaba con sus caderas contra mis nalgas, una y otra vez, indiferente a mi dolor y a mi placer; porque debo confesarle, querida madre en Cristo, que la otra mano continuaba delante mío produciéndome placeres inenarrables. Y, lo que es más duro de confesar todavía, aquella auténtica violación... me proporcionó más placer que casi todos los encuentros fugaces de los últimos meses; pero era un

placer distinto, perverso, un placer que no procedía del amor, sino de la maldad.

El doctor Dejuán no tenía prisa y a menudo paraba en sus ataques para reanudarlos segundos después. Yo sentía como si me abrieran, como si me dilatase toda, y continuamente me llegaban orgasmos. Eran sus dedos, expertos y malvados, los que me los provocaban, pero era su penetración la que les daba una cualidad distinta de los que antes yo había sentido. ¿Era la abertura que utilizaba o era el sentimiento de odio que me producía aquel hombre el causante de esa diferencia? No lo sé, quizás fueron los dos factores, pero en cualquier caso estos orgasmos eran..., ¿cómo explicárselos, reverenda madre? Eran perversos. Y yo gozaba.

Al final, aquel pene monstruoso se vació en mi interior; y las oleadas que sentía a través de mi orificio dilatado me provocaron un último y devastador orgasmo.

El doctor Dejuán, satisfecho, perdió aparentemente todo su interés por mí. Subiéndose la cremallera, regresó a su escritorio y, tras sentarse, comenzó a hojear papeles. Yo me quedé, agotada, en la misma postura en que él me dejó: desnuda, con el cuerpo reclinado sobre la camilla y los pies sobre el suelo recubierto por una suave moqueta. En esta postura, mis nalgas y mi interior se ofrecían a su vista.

No podía ni moverme. Jadeaba, y percibí que la saliva se escapaba por la comisura de mis labios. Mi forzada abertura me dolía, pero, al mismo tiempo, el semen que se deslizaba por ella me produjo una extraña sensación. ¿Qué tipo de mujer era yo, que había disfrutado tanto con aquel acto antinatural y, sobre todo, con aquel hombre? Con mi amante, podía justificar los goces carnales pensando que eran producto de nuestro amor, que eran un consuelo que Dios nos daba; pero ahora... Me sentí sucia, pecadora, tan repugnante como aquel ser que, desde su mesa, me lanzaba ocasionales miradas. Me juré a mí misma que nunca más me permitiría caer en bajezas semejantes. ¡Se me olvidó rezar a Dios, pensando que con mis propias fuerzas sería suficiente; y el Señor castigó mi orgullo!

Al final, me levanté y me dirigí a la mesa del despacho. Sin decir nada, tomé las fotos y me di la vuelta para vestirme, pero entonces el doctor Dejuán me dijo:

-Puedes coger esas fotos, por supuesto. Te las prometí y mantengo mi palabra. Al fin y al cabo, poseyendo los negativos, puedo sacar las copias que quiera.

Me volví, furiosa y asombrada. ¡Me había engañado aquel monstruo! Al pensar en lo que me había hecho a cambio de nada, las lágrimas me saltaron de los ojos. Sólo pude decirle:

-Es usted un demonio...

-En efecto, tal vez para ti lo sea -concedió, con una sonrisa-, aunque creo que, sencillamente, sólo soy un hábil negociador. Ahora no sólo tengo en mis manos al doctor Leza, sino que he sodomizado a su amante; lo cual, si él se enterase, le supondría una mayor humillación que ser despedido; porque así, su derrota será total: habrá perdido su trabajo, su prestigio y su carrera a cambio de nada. ¿O es que crees que, cuando lo sepa, seguirá junto a ti, junto a una mujerzuela que es capaz de sentir placer en manos de su enemigo y al que le has ofrecido lo que a él no le diste?

»Me has llamado demonio. No creo en esas tonterías, porque soy tan escéptico como tu amante,

aunque yo sí que creo en el éxito y en el triunfo; pero ya que me has llamado así, aceptaré que lo soy, porque entonces tendrás que admitir que has sido una estúpida: con el demonio no se puede negociar. ¿No te lo han enseñado en tu convento?

»El demonio emplea palabras razonables, o promesas, o amenazas según le convenga, pero ¡ay de ti si le escuchas o intentas ser más inteligente que él! ¿Ay de ti si pactas, aunque te creas beneficiada!

»Ahora estáis en mi poder el doctor Leza y tú de forma más completa que al principio de nuestra placentera entrevista, porque antes sólo habría podido destruir vuestra economía y vuestra fama, pero ahora puedo destruir también vuestro amor. ¿Crees que él se sentirá seguro de ti alguna vez si llegase a saber lo que ha sucedido? No, le has fallado, y siempre desconfiará de ti; hoy le has perdido para siempre.

Sin embargo, tu cuerpo me gusta, y pocas veces se me ofrece la oportunidad de aprovecharme de alguien tan completamente como ahora, y por eso, a cambio de tu esclavitud, voy a ofrecerte algo: tiempo.

Tiempo para que sigas gozando de tu amante y tiempo para que él continúe con su labor como cirujano. A cambio, tú me darás la más completa sumisión y me obedecerás en todo. Y, cuando me canse de usar tu cuerpo para mi placer, os destruiré.

-Usted me ha dicho que no se debe pactar con el demonio. ¿Por qué habría de pactar ahora? ¿Cómo sé que no me engaña?

-Inteligente respuesta -rió-. No te engaño porque no te ofrezco nada, sino un poco de tiempo. Para mí no es un gran sacrificio, incluso es un placer aplazar mi venganza sobre el doctor Leza. ¡Ah, cómo disfrutaré con sus ironías, con sus pequeñas victorias, sabiendo que lo tengo en mis manos y que, además, hago lo que deseo con su amante! El poder, querida mía, ha de disfrutarse lentamente, como un buen vino, para obtener de él todo el goce que es capaz de darnos. Es estúpido beberlo de un sorbo.

»En vuestro propio beneficio, te conviene intentar darme todo el placer de que seas capaz, porque así tendrás más tiempo para vivir con tu amorcito. Además -sonrió con desprecio-, no creo que te cueste un gran sacrificio, porque se ha despertado en ti la prostituta. que yace en el fondo de todas las mujeres, y si no soy yo, buscarás a otro que te pervierta. Así pues, no tienes nada que perder.

Medité sus terribles palabras. Julio y yo estábamos atrapados, únicamente mi sacrificio podía concedernos el tiempo que necesitábamos para buscar una salida. Sola y desnuda ante ese diablo con cuerpo de hombre, cedí. Y quiero creer que lo hice contra mi voluntad.

Él se levantó, sonriente y victorioso. Tomó mis ropas y las metió en un armario: luego salió de la habitación y me dijo que esperase un momento. Regresó al cabo de unos instantes y me pidió que me volviera a tumbar en la camilla, boca arriba, con las piernas separadas. Entonces me ordenó -sí, ordenó- que cerrase los ojos y comenzara a contarle cómo hacía el amor con mi amante, al mismo tiempo que me masturbaba. Sentí una intensa vergüenza, pero cumplí su deseo. Él se colocó a mis pies, desde donde podía verme a su placer, y conectó una suave música ambiental.

Al principio, sintiéndome observada, permanecí sin excitarme: pero al ir narrando cómo mi amigo me tocaba y me acariciaba, mi vagina comenzó a segregar su líquido y mi clítoris, todavía caliente tras los anteriores orgasmos, volvió a latir con fuerza y a exigir mi atención.

¿Sería verdad que yo era una prostituta? Si aquel monstruo de maldad me hubiera violado y yo no hubiese sentido nada, habría estado segura de que yo era buena; pero no, querida madre superiora, disfruté intensamente, igual que ahora disfrutaba al ofrecer mi intimidad a aquel hombre que miraba.

A petición suya, conté, con todo detalle, cómo me desvirgó, cómo me besaba, cómo su lengua recorría mi cuerpo deteniéndose allí donde más placer esperaba, cómo sus labios recogían el líquido que para ellos segregaba mi vagina. También narré nuestros encuentros clandestinos, en los que yo casi no hallaba satisfacción, cómo mi boca bebía su semen mientras él conducía su automóvil, cómo aprovechábamos un portal oscuro cuando no teníamos tiempo...

Mientras tanto, mis dedos entraban por mis aberturas, incluso por aquella que acababa de descubrir como fuente de placer, y acariciaban mis senos y mi hendidura, y mis caderas se balanceaban como si tuvieran voluntad propia. Debo confesar que una gran parte de mi placer provenía de imaginarme que a los pies de la camilla se erguía aquel miembro poderoso y perverso, excitado por la visión de mis entrañas y por mi masturbación. Intenté apartarlo de mí mente, pero no pude. Sabía que estaba allí esperando, esperando... ¡Ah, en esos momentos le habría dado la bienvenida si se hubiera decidido a penetrarme, si me hubiera llenado con su virilidad o sí, por lo menos, me hubiera dejado tocarlo y hacer brotar su fuente! Sé que está mal, me lo reproché en aquellos momentos y me lo reprocho ahora, pero ése fue mi deseo y, reverenda madre, quiero ser totalmente sincera con usted y no presentarme mejor de lo que fui. Ya sé que soy despreciable por todo esto: me desprecio a mí misma, ¿cómo no va a despreciarme usted, la mujer más santa que conozco?

El miembro que yo deseaba no se apiadó de mi sufrimiento y el orgasmo me llegó estando vacía. Gemí de desesperación, suspiré, pero fue inútil. Al final, agotada, abrí los ojos; entonces, un grito de pánico saltó a mi garganta.

El doctor, aquel genio maléfico, sí que estaba a mis pies, como me suponía, y su miembro desnudo destacaba erguido dirigiéndose hacia mi intimidad; pero en su mano sujetaba una cámara de vídeo. ¡Había grabado toda mi actuación, todos mis secretos... y los de mi amante! ¡Por eso había conectado la música ambiental, para disimular el sonido de la cámara!

No pude contener mi furia y me abalancé sobre él; pero me derribó de un frío golpe, sin que se le alterase el rostro. Lloré impotente, mientras le miraba desde abajo: su miembro terrible en primer plano, y luego su cara sonriente y despectiva.

-Esta no es la sumisión total que necesito -me escupió-. Tú no eres libre de obedecerme o no, sino sólo de seguir con nuestro trato o romperlo. Si quieres que lo dejemos, a mí no me importa, en especial contando con esta filmación tan... interesante. ¿Te imaginas el efecto que tendría en el tribunal médico que juzgase al doctor Leza? ¿Y lo que pensaría todo el mundo si, en una proyección de vídeos sobre enfermedades, éste se deslizara «accidentalmente»?

Desde sus pies, gemí. Comprendía que, de cualquier manera, me encontraba a la total merced de aquel monstruo; y, no sólo eso, sino que él sabía despertar aquella parte mía tan sucia y perversa.

Me puse de rodillas y le supliqué piedad.

-¿Piedad? Una emoción de los débiles, de los que no saben luchar por sí mismos y conquistar lo que necesitan. No, yo no tenga piedad, sólo te puedo conceder tiempo antes de destruirte; y aun esto sólo te lo daré a cambio de que aceptes tu esclavitud. Yo soy el jefe de Servicio y tú sólo eres una sierva que ha de obedecer. Acata mi voluntad y tendrás por delante meses, quizás años junto con tu amigo; rebélate, y romperé vuestro amor y vuestras vidas. Pero no me supliques piedad; o mejor, sí, suplicámela, porque de esta forma das la medida de mi poder.

Mientras decía esto, yo estaba de rodillas, y, por tanto, su pene erguido se alzaba ante mi rostro. Yo lloraba, pero, al mismo tiempo, sentí una extraña atracción ante tanta fuerza y poder, y lo tomé con mis manos y mi boca. ¡Le juro, madre superiora, que no sé cómo sucedió! Yo me notaba indefensa y desde mis entrañas surgía una placentera sumisión que me hacía sentir feliz al estar arrodillada y desnuda ante un ser tan malvado y fuerte.

Él sonrió y, después de unos minutos, me levantó cogiéndome del cabello. Bajé los ojos, incapaz de resistir su mirada. Luego se sentó en el sillón de su mesa de despacho y me obligó a introducirme bajo ella. Para que entienda usted lo que sucedió, le diré que era una mesa muy grande, como corresponde a la categoría de un Jefe de Servicio, y un panel cubría toda su parte frontal, de forma que los visitantes no podían ver las piernas del Jefe.

Él se descalzó y, totalmente vestido pero con su miembro fuera, me lo introdujo en la boca, sujetándome del pelo. Yo quedé en cuclillas, en una posición bastante incómoda, pero en tal postura uno de sus pies acariciaba mi intimidad. Entonces, el doctor conectó el interfono y le dijo a su secretaria que podía pasar el que estaba esperando fuera.

Al oír estas palabras, temblé de miedo e intenté liberarme, pero su mano me lo impidió. ¡Iba a recibir una visita mientras yo... ! Me sentí humillada y, al mismo tiempo, excitada al pensar en lo que iba a suceder. Sí, reverenda madre, aunque le parezca increíble, esto me excitó; pero no había contado con la maléfica imaginación del doctor Dejuán. Se abrió la puerta y entró alguien. Mi... iba a escribir «mi amo», porque eso era en lo que se había convertido. ¡A qué abismos de degeneración he llegado! Sí, mi señor le saludó; y el saludo heló la sangre de mis venas:

-Buenos días, doctor Leza.

¡Era mi amante! ¡Aquel monstruo de maldad había hecho llamar, cuando salió, a mi amado Julio! ¡Y yo, desnuda a sólo unos centímetros de él, separada sólo por una delgada tabla, con el miembro de aquel perverso en mi boca y con su pie frotando contra mi clítoris! Y, lo más terrible de todo, los temblores de miedo pronto se convirtieron en espasmos de placer que yo era incapaz de dominar. ¡Ah, querida madre superiora, yo me sentía mala, sucia, perversa; yo era peor que la peor prostituta... y me gustaba! Cómo alguna vez soñé con ser la esposa de Cristo?

-Buenos días. ¿Para qué me ha llamado?

-Siéntese, por favor -contestó el doctor Dejuán-, y disculpe que le haya hecho esperar, pero estaba tratando asuntos del máximo interés. La cuestión es que tengo algunas dudas sobre la evolución del estado clínico de un paciente y...

Así hablaron durante unos minutos y, al final, Julio salió del despacho. Apenas se cerró la puerta,

cuando el doctor Dejuán conectó el interfono, dijo a su secretaria que no dejase pasar a nadie más y me sacó de debajo de la mesa. Mi cuerpo estaba inerte, casi desmayada, y me tuvo que coger en brazos. Me tumbó sobre la mesa y, de forma brutal, me penetró golpeándome con fuerza terrible. Mi vagina lo acogió, abriéndose sumisa, y grité. Gritaba mi esclavitud, gritaba que hiciera de mí lo que quisiera, gritaba que me penetrase por donde deseara, que tomase lo que le placiera, gritaba pidiéndole más y más...

Cuando sus contracciones se hicieron más intensas y su semen se derramó en mi interior, sollocé. El placer se hizo tan intenso, que me desvanecí y no recuerdo nada más.

Desperté desnuda, a sus pies. Él estaba sentado y me miraba complacido. Entonces, me habló y me preguntó si alguna vez mi amante había proporcionado goces tan intensos; y yo tuve que admitir que no, que los placeres del amor son menores que los de la sumisión.

-Sí, son inferiores, como inferiores son quienes los prefieren. Por eso no quiero que me ames, sólo que me obedezcas. Cuanto más me odies, cuanto más daño te provoque y en más depravada te convierta, tanto más placer obtendré de ti. ¿Qué valor tiene la obediencia del que te ama? No, es preferible la humillación del que te odia, del que le gustaría alejarse de ti y no puede. Este es el placer del poder, porque el poder es lo que mueve el mundo, lo que dirige las naciones y las sociedades, lo que, de una forma o de otra, gobierna a los hombres.

Al final, me dio permiso para vestirme y salir. No dijo adiós, sólo «hasta pronto»; y esta frase despertó en mí terror e impaciencia, asco y deseo.

En el pasillo me encontré con Julio. Me preguntó qué me sucedía, y yo le dije que me sentía mal porque tenía el mes. Cancelé la cita de aquella tarde que habíamos concertado: necesitaba pensar, poner en orden mis pensamientos. Yo había caído en manos del demonio, y no podía salir. ¿O no quería, no deseaba salir? Me estremecí.

Entonces, cuando apenas habían pasado unos minutos, sentí que se me escapaba el semen que había derramado en mis orificios y fui al excusado para limpiarme. Entré, tomé un poco de papel y, levantándome el hábito, comencé a enjugarlo. ¡Ah, hasta qué punto de depravación había descendido en sólo unas horas! Al notar el nuevo contacto, mi clítoris volvió a arder, exigente. ¿Cómo podía estar insatisfecho tras tantas caricias? Intenté resistirme, pero la imagen del doctor Dejuán y de su miembro poderoso y dominante apareció ante mí, y derritió mis defensas. El hormigueo de mi botoncito se convirtió en más y más intenso, y me vi obligada a apaciguarlo; pero apenas lo toqué, sentí el deseo invencible de volver a repetir las sensaciones que había vivido con aquel miembro insaciable, e introduje los dedos de la otra mano en mi vagina y en el otro orificio. ¡Ah, otra vez el placer de notarme llena, totalmente llena y abierta por todo! ¡El placer de ser una prostituta!

Aquella noche, en mi celda del monasterio, volvía a producirme ese mismo placer con mis manos; y no fue la imagen de mi amante la que tenía ante mí, sino la del miembro que aquel nefasto día atravesó mis aberturas y me enseñó lo que yo era. Obsesivamente, aunque las intentaba apartar de mi imaginación, vi otra vez a ese pene violento abriéndome, entrando y saliendo, penetrando hasta lo profundo. Y cuando acabó el placer, me quedó el miedo ante mí misma, ante esas sombras de mi cuerpo que estaba descubriendo; me quedó la vergüenza, al ser consciente de que estaba engañando a mi amigo, al cual quería más que a nada en el mundo; me quedó el pecado, al darme cuenta de que me apartaba de Dios. Y las sombras crecieron y me

envolvieron.